

Cherie Zalaquett Aquea
Universidad de Chile
chzalaquett27@gmail.com

Literatura y testimonio militante en la guerrilla tupakatarista boliviana: Raquel Gutiérrez y el discurso científico como relato autobiográfico de una “revolucionaria profesional”*

Literature and Militant Testimony in the Tupakatari Bolivian Guerrilla: Raquel Gutiérrez and the Scientific Discourse as Autobiographical Narrative of a "Professional Revolutionary"

Resumen

El presente trabajo analiza el libro autobiográfico *¡A desordenar! Por una historia abierta de la lucha social*, de Raquel Gutiérrez, militante y fundadora del Ejército Guerrillero Tupac Katari de Bolivia. En la perspectiva de la Historia del Pasado reciente se indaga en la politicidad de la memoria de Raquel, en la construcción de su relato, así como en los contextos de enunciación y de recepción de su obra. La hipótesis es que la autora escoge como “efecto de verdad” para su narración autobiográfica, el discurso científico, el más creíble de los locus de enunciación, para elaborar un análisis teórico crítico de la militancia revolucionaria y de sus aparatos armados. Sin embargo, en su estrategia narrativa es notoria la huella del trauma, ya que la autora se oculta permanentemente de su propia autobiografía, omitiendo en su relato la intimidad, la subjetividad y aquellos aspectos del cuerpo y propiamente humanos que están siempre presentes en todo militante.

Palabras claves: Literatura testimonial, Raquel Gutiérrez, guerrilla boliviana, tupakatarismo armado, EGTK.

Abstract

The present work analyzes the autobiographical book *¡To mess up! For an open history of the social struggle*, by Raquel Gutiérrez, militant and founder of the Tupac Katari Guerrilla Army of Bolivia. In the perspective of the History of the Recent Past, one inquires into the political nature of Rachel's memory, in the construction of her story, as well as in the contexts of enunciation and reception of her work. The

* Este trabajo forma parte de la investigación del proyecto de tesis doctoral: “Mujeres y etnia en la guerrilla tupakatarista boliviana, financiado por la beca Conicyt N°21110196.

hypothesis is that the author chooses as the "truth effect" for her autobiographical narrative, the scientific discourse, the most credible of the enunciation locus, to elaborate a critical theoretical analysis of the revolutionary militancy and its armed apparatuses. However, in its narrative strategy the traumatic imprint of the trauma is notorious, since the author is permanently hiding from her own autobiography, omitting intimacy, subjectivity and those aspects of the body and properly human that are always present in every militant.

Keywords: Testimonial literature; Raquel Gutiérrez; Bolivian guerrilla; Armed Tupakatarism; EGTK.

Introducción

La mexicana Raquel Gutiérrez, se ha destacado por sus posiciones radicalmente críticas contra las fórmulas de implementar la revolución de las guerrillas político militares de América Latina. Sin duda, una experiencia que la marcó profundamente fue su militancia en Bolivia en el Ejército Guerrillero Tupac Katari entre 1984 y 1992. Este grupo armado, que ella contribuyó a fundar, junto a su ex marido, el actual vicepresidente de Bolivia, Álvaro García Linera, fue un novedoso intento de combinación intercultural integrada por una vanguardia de criollos mestizos en alianza con indígenas aymara. Raquel define este aparato “como una bisagra” entre las guerrillas latinoamericanas de ‘viejo tipo’, (vanguardias foquistas y castroguevaristas), herederas de la revolución cubana, y el modelo de insurgencia indígena y comunitaria, que emergió posteriormente con el movimiento zapatista en México en 1994.

Durante casi nueve años, Raquel vivió en la clandestinidad como “revolucionaria profesional”, impulsando el esfuerzo político-militar criollo aymara. Después, estuvo cinco años en prisión, sin juicio y sin sentencia, en la Cárcel de Mujeres de Obraje, en La Paz, hasta que fue liberada en 1997 por un tecnicismo legal, retardación de justicia, sin que mediara un fallo judicial de inocencia.

Mientras llevaba 40 meses en la cárcel, terminó el manuscrito de *¿A desordenar! por una historia abierta de la lucha social*, un libro que ella define como una “narración autobiográfica-autocrítica”, en el cual relata su experiencia de militante y de presa política y analiza el futuro de los movimientos revolucionarios latinoamericanos. Este libro circuló por primera vez como autoedición en 1995. Desde ese momento, la autora no ha cesado de reelaborar su experiencia militante en sucesivas reediciones del libro: en México, 2006; Bolivia, 2008 y Argentina, 2016. Cada reedición emerge en contextos políticos diferentes de la realidad latinoamericana, abarcando los eventos del declive de la guerrilla salvadoreña; la instauración neoliberal en Bolivia, así como el apogeo de la insurrección de los movimientos sociales, y finalmente el auge del feminismo unido al giro a la derecha que hoy se impone en el continente. Desde una perspectiva autocrítica, el libro pretende impulsar una reflexión en la juventud de las izquierdas latinoamericanas acerca de las vías para impulsar el cambio social, a partir de la pregunta de Lenin *¿Qué hacer?*; y donde la deconstrucción del orden, el des-orden, la des-obediencia aparece como propuesta de emancipación.

La forma en que el pasado se vuelve políticamente significativo en el presente nos conduce a la gama de problemas que abre la conjunción entre política y memoria, y el testimonio del militante como construcción de un relato del pasado, que constituye al mismo tiempo una elaboración del mismo. La relevancia de estudiar esta problemática está dada por la eclosión de testimonialidad que se produjo en América Latina a consecuencia de las secuelas de las dictaduras militares y de su accionar de terrorismo de Estado. La testimonialidad democratiza el acceso a la enunciación integrando a sujetos que antes estuvieron privados de enunciar. De este modo, las víctimas, que al mismo tiempo son testigos, transforman su testimonio en instrumento privilegiado de reconstrucción del pasado reciente. Pero a la vez, el tipo de memoria que el testimonio intenta recuperar está complejizada por el trauma, e involucra a sujetos que han sido estatuidos como víctimas de la violación estatal de lo sagrado de la condición humana. Por lo tanto, se abre aquí una dimensión ético-política que agrega nuevas complejidades a la tarea del investigador en este campo, particularmente cuando se trata de examinar los principios que le otorgan credibilidad o invisten al testimonio en una fuente incontestable de “verdad” (Sarlo, 2005, 38-42).

En esta línea, María Teresa Johanson (2010, 79) estudia la evolución del género testimonial como un campo de relaciones entre el sujeto autor, el sujeto testimonial y la memoria del trauma. Desde la década del 70 en adelante, el sujeto letrado o escritor comprometido deja de ser un mero portavoz del sujeto marginal y en su condición de militante perseguido por las dictaduras, se convierte él mismo en testigo y autor de una memoria traumática. De esta manera, el testimonio se revela como una escritura de sobrevivencia que intenta representar la experiencia traumática y, por ello, se torna un relato autobiográfico.

Examinando las escrituras autobiográficas militantes, Alejandra Oberti y Roberto Pittaluga (2006, 32) identifican diversas formas que puede revestir esta testimonialidad, valorando especialmente aquellas que constituyen una auténtica reelaboración del pasado e incorporan perspectiva crítica, a diferencia de otras que tienden a sacralizar el ayer, o a presentarlo en forma literal, ellos valoran las “memorias críticas”. Por su parte, Dosse (2007, 39-40) detecta un efecto de verdad que se expresa en el género autobiográfico y que lo acercan al régimen de veracidad de la escritura historiadora. Pero es preciso considerar que este efecto de realidad no significa que lo relatado sea más verdadero, el testimonio sólo atestigua la verdad del que escribe, no de lo que está escrito (p.42).

Asimismo, la forma narrativa que adquieren estos relatos testimoniales, no consiste en una retórica que cumple una función meramente ornamental, sino que es parte constitutiva del relato mismo e incide en su significado global. Como señala Beatriz Sarlo (2005, 29): “No hay testimonio sin experiencia, pero no hay experiencia sin narración”. Es la narración la que inscribe la experiencia en la temporalidad del recuerdo al convertirla en comunicable. En la misma línea, Leonor Arfuch (2005, 242-243) remarca que existe una “forma adecuada” para la aparición pública de la vida íntima y sus componentes, pasiones, pensamientos, sentimientos; y esa “forma adecuada” es precisamente la narrativa, el relato, que es en definitiva lo que permite poner en sentido la propia experiencia.

A la vez, la construcción de ese relato, su forma, su coherencia, su unidad, su estilo nos invitan a pensar en el nexo entre ficción y factualidad, no entendido como una relación dicotómica, sino como dos campos que se entrecruzan y se influyen mutuamente en la representación que hace el sujeto que enuncia el pasado reciente. Aunque los testimoniados tienen la pretensión de enunciar “hechos” reales o verdaderos, ello no excluye la posibilidad de ficción, ya que, por un lado, la construcción narrativa, el ejercicio de agrupar eventos en una

trama, constituye una creación ficcional (White, 2010, 65) y, por otro, la representación es un juego de opacidad y transparencia mediante el cual siempre habrá una zona imposible de ser representada (Enaudeau, 1999, 27). Y si a ello agregamos que la experiencia traumática no forma parte de la memoria ordinaria de la víctima (Lacapa, 2006, 122), los límites entre factualidad y ficción se difuminan tornándose más complejos.

En esa perspectiva, el objetivo de este trabajo es analizar el testimonio militante de Raquel Gutiérrez *¡A desordenar! Por una historia abierta de la lucha social*. La hipótesis es que la autora escoge como efecto de verdad para su narración autobiográfica, el discurso científico, situándose en el más creíble de los lugares de enunciación. De esta manera, construye un relato teórico y crítico de la militancia revolucionaria en aparatos armados. Sin embargo, en su estrategia escritural, es notoria la huella del trauma, ya que la autora oculta episodios importantes de su propia autobiografía, como la experiencia de tortura y el intento de suicidio que sufrió en la cárcel; omite aspectos de la intimidad, de la interioridad, el erotismo, los afectos, así como todas aquellas particularidades propias del cuerpo en su accionar, que están siempre presentes en la subjetividad militante. En ese sentido, el yo que transfiere el sujeto testimonial es un ego militante al que se subordinan los otros trazados de subjetivación e identificación en el flujo del discurso.

En la primera parte, caracterizo el modelo de militancia de Raquel Gutiérrez y analizo el cuadro epocal y político en que se gesta la obra. Luego, utilizando la metodología de Quentin Skinner (citado por Boccardo, 2007, 154), examino el contexto intelectual y los debates políticos más candentes del momento en que fue publicada como también en sus reediciones posteriores. En la segunda parte, indago el libro como construcción narrativa y creación literaria desde un entramado teórico que aborda la memoria complejizada por el trauma y las relaciones entre factualidad y ficción. En la tercera parte, reviso el discurso científico como régimen de verdad en el canon autobiográfico, identificando las marcas de género sexuado en la escritura de esta obra.

I.-1. Militancia de “revolucionaria profesional”

Como relata en el libro, la autora integró un equipo de “revolucionarios profesionales”, primero en la guerrilla salvadoreña y después en el partido que su grupo creó en Bolivia: el Ejército Guerrillero Tupac Katari. El prototipo de militancia que ejerció la autora, y que es al mismo tiempo el modelo que discute a lo largo del texto, está inspirada en las organizaciones comunistas bolcheviques de la revolución rusa, que contaban con mecanismos institucionales de rigurosa disciplina para mantener la cohesión interna. Klaus-Georg Riegel (1994, citado por Pirker, 2008, 112) describe a estas entidades como “comunidades virtuosas” orientada a la formación de un cuerpo disciplinado de cuadros revolucionarios capaces de subordinar las aspiraciones y la vida personal a los requerimientos de la organización:

La tradición de la que yo provengo y con la que discuto a lo largo del texto, se inscribe en el conjunto de múltiples esfuerzos revolucionarios latinoamericanos que se plantearon la toma del poder como eje ordenador de su estrategia, y la construcción de un partido-ejército como medio para conseguir tal objetivo. (Gutiérrez, 2006, 16)

La militancia en partidos revolucionarios, característica de las décadas del 60 y 70 en Latinoamérica, tuvo como telón de fondo el clima internacional de la Guerra Fría. Se confrontaban visiones de la sociedad basadas, por un lado, en el modelo ideológico del liberalismo capitalista; y, por otro, en un socialismo estatista fuertemente influenciado por la revolución cubana y la experiencia soviética. En Latinoamérica proliferaron diversos movimientos guerrilleros o partidos político-militares locales, que buscaban una transformación de la sociedad por la vía armada minusvalorando el “reformismo” o participación electoral de los partidos políticos más moderados, al que veían como parte de un “juego democrático burgués” destinado al fracaso.

En la perspectiva de Pirker (2008,113), la militancia es una actividad que nace en la intersección entre lo político y lo social. Tanto en sus modalidades radicales -militante marxista leninista-, como moderadas -participación sindical o en un partido social demócrata- opera como una actividad bisagra entre el campo político y el espacio social.

No obstante, el EGTK, al ser el resultado de la fusión de una vanguardia criollo mestiza blanca y una vanguardia india aymara, se constituyó en una instancia interétnica e intercultural. Una experiencia nueva de grupo armado político militar en el Cono Sur de América, que abrió posibilidades inéditas de resistencia a la colonialidad del capitalismo. Su objetivo era incentivar un levantamiento generalizado de la población indígena, que es mayoritaria en Bolivia, aprovechando la tradición y las estrategias bélicas ancestrales de las luchas anticoloniales de Tupac Katari y Bartolina Sisa en el siglo XVIII, y la sublevación indígena de Zárate Willka a fines del siglo XIX.

Con ese propósito, Raquel Gutiérrez y su esposo Álvaro García Linera, vivieron en la clandestinidad, dedicados a tiempo completo a la acción revolucionaria, encabezando diversas acciones de recuperación, como el asalto a la remesa de fondos de la Universidad de San Simón en Cochabamba, en la que recaudaron 500 mil dólares, y otros diversos ataques explosivos que realizaron a instalaciones estatales.

I.-2.-. Entorno político de la escritura y publicación del libro

El contexto epocal inicia en la primera mitad de la década del 80, durante el comienzo de la implementación del neoliberalismo en Bolivia, proceso que logró desarticular las luchas de masas, privando a los trabajadores de derechos colectivos. Al mismo tiempo, hacia fines de la década se produjo la caída del bloque soviético y su modelo de “socialismo real”, que era un referente de los movimientos guerrilleros latinoamericanos. Paralelamente, se había ido produciendo un progresivo desmantelamiento de los grupos armados en El Salvador, ante el llamado internacional de paz en la región y éstos intentaban reorganizarse en partidos políticos para acceder al poder por la vía civil. La utopía armada como camino para revertir la hegemonía del capital, entró en un declive del que hasta hoy no se ha podido recuperar.

La autora llegó a Bolivia desde México -en noviembre de 1984- a reunirse con los otros miembros de su grupo: Álvaro García Linera, Juan Carlos Pinto y Fiorella Calderón¹. Primero

¹ Poco después de su llegada, Fiorella Calderón quedó embarazada, y el colectivo rechazó su embarazo como inadecuado para la lucha armada, por lo que redujo gradualmente su participación. Más tarde se incorporó la boliviana Silvy de Alarcón, esposa de Raúl García Linera. El hecho de conformar parejas por parte de los miembros del grupo criollo, les facilitó la aceptación entre la gente de las comunidades aymara ya que lo

crearon una organización clandestina denominada “Células Mineras de Base”, constituyendo grupos de discusión entre los mineros sobre las condiciones políticas y formas de prepararse para la lucha armada. Parte del colectivo trabajaba con los mineros en Potosí y Oruro, y otros en las ciudades de La Paz y Cochabamba con los obreros fabriles, Raquel recurría al teatro, la mímica y los títeres para abrir el diálogo con los trabajadores (Escárzaga, 2006, 284).

Bolivia vivía los tiempos “turbulentos” de la Unión Democrática Popular (UDP), una coalición de centro-izquierda que se hizo cargo del gobierno tras la caída de los regímenes militares. En 1982 había asumido como Presidente constitucional Hernán Siles Suazo, inaugurando una incipiente “democracia” en una Latinoamérica todavía cercada por las dictaduras. Esta apertura democrática boliviana tuvo gran acogida en el contexto internacional. A la autora y su grupo, esta democracia les parecía “estrecha, insuficiente[...]un espacio para que las fracciones de recambio de la derecha, principalmente los sectores empresariales, se cohesionaran y tomaran nuevamente la iniciativa[...] solo era una estación en el camino de la revolución social” (Gutiérrez, 2006, 44).

Nuestra tarea sólo podía ser ésa: desenmascarar los límites burgueses del gobierno UDPista y comprometernos para expandir lo que miles y miles de mujeres y hombres trabajadores ya estaban haciendo al exigir que la democracia solucionara también el problema de la carencia y la escasez de las familias de los productores[...]La democracia, además de garantizar la vigencia de ciertas libertades democráticas, debía encarar la solución de los problemas más acuciantes, sobre todo los relacionados con sueldos y salarios, con derechos laborales, en fin, todo lo que se refiere a la distribución y disfrute de la riqueza. (Gutiérrez, 2006, 44-45)

Tras una crisis social y política generalizada, Siles Suazo llamó a elecciones anticipadas que dieron el triunfo presidencial al opositor Víctor Paz Estenssoro (1985-1989). Desde su ascenso, Paz Estenssoro, impulsó una serie de políticas económicas neoliberales establecidas mediante el Decreto Supremo 21060, que privatizaba la minería del estaño. Con este decreto, cambió la orientación económica estatista por la neoliberal, frenando en seco la hiperinflación con drásticas medidas, como el despido de 23 mil trabajadores de las minas estatales.

Esta estrategia marcó al mismo tiempo la desaparición de la clase obrera minera, determinó una fase de reflujo del movimiento social, y fue clave para que la autora y su grupo, resolvieran iniciar la guerra contra el Estado boliviano.

El tupakatarismo armado se constituyó a partir del encuentro entre dos vanguardias: una campesina aymara y quechua, y otra mestiza obrera que establecieron una alianza con una clara división del trabajo. De un lado, los cinco jóvenes criollo-mestizos (Raquel Gutiérrez, Álvaro y Raúl García Linera, su esposa Silvy de Alarcón, y Juan Carlos Pinto) aportaban la conducción del trabajo urbano, parte de la teoría y de la logística. De otro lado, los dirigentes aymara -entre los cuales el más destacado fue el activista indígena Felipe Quispe Huanca- contribuyeron a conducir la fuerza rural, produjeron una estrategia militar tomada de las rebeliones campesinas históricas previas y elaboraron un proyecto nacional multiétnico ajustado al modelo de organización de la comunidad ancestral. Su estrategia de lucha aprovechaba la disposición geográfica de los contendientes, en la cual la minoría blanca está cercada geográficamente y es

identificaron con su propia concepción sobre los símbolos de poder andino, donde la máxima autoridad originaria es encarnada por la unidad hombre/mujer, llamada *Chachawarmi*. (Escárzaga, 2006, 285)

asediada por la mayoría india en sus rebeliones y movilizaciones; acudían a la comunidad indígena como instrumento de combate, en tanto forma de organización productiva en el campo y de reproducción cultural indígena; y afirmaban la necesidad de recurrir a la violencia de masas para imponer su triunfo (Escárzaga, 2006, 285-287).

Así reorientaron su estrategia de organización a fines de 1986, desde una base fundamentalmente mestiza, obrera y urbana, hacia una base indígena, rural y campesina. El cambio de sujeto revolucionario y de escenario de lucha, produjo en la autora y su grupo un descentramiento de su manera de reflexionar el mundo indígena para intentar involucrarse en él. El traslado del grupo a las comunidades aymara del altiplano, abrió a los guerrilleros criollos mestizos un horizonte distinto, a partir del cual, priorizaron nuevos problemas de discusión como “la nacionalidad como autodeterminación y la comunidad como fundamento de la posibilidad del comunismo en el campo” (Escárzaga, 2006). No obstante, las mujeres aymara del EGTK hoy critican duramente el accionar de los criollos blancos. Los acusan de haber hegemonizado la organización, controlando la información y los recursos, en desmedro de la participación y protección de los militantes indígenas (Zalaquett, 2016, 23).

Tras un tiempo relativamente breve de operación (1988-1992), el Ejército Guerrillero Tupac Katari fue desarticulado por la inteligencia boliviana que capturó a todos sus miembros. Raquel fue detenida el 9 de abril de 1992, en una casa situada en Villa Santiago 11 de El Alto, en La Paz. Se hallaba junto a la esposa de otro militante, quien estaba embarazada y acompañada de sus cuatro hijos pequeños. Posteriormente, durante los interrogatorios fue torturada por la policía y sufrió tanto dolor que intentó suicidarse con cables eléctricos en un baño de la prisión. (Informe de la CDH, Bolivia)

Tras cinco años de encarcelamiento, la autora salió de la cárcel el 25 de abril de 1997, gracias a una huelga de hambre que forzó su situación judicial y a un sinfín de reclamos internacionales que presionaron por su liberación.

I.-3. Intencionalidad de la publicación de 1995

Quentin Skinner (citado en Boccardo, 2007, 154) desarrolló una metodología de análisis textual que permite recuperar la identidad histórica de los textos individuales en la historia del pensamiento. El objetivo es ver tales textos como contribuciones a discursos particulares y con ello reconocer de qué manera siguen, desafían o subvierten los términos convencionales de aquellos mismos discursos. En esta perspectiva, se trata de reinstalar los textos estudiados en los contextos culturales precisos en que fueron creados. El propósito del análisis de Skinner, no atañe solamente al cuadro político epocal, que constituye el entorno de la obra, sino también a las convenciones discursivas de una época que marcan una forma de construir los discursos políticos. De ahí que para examinar los textos políticos, Skinner propone considerar los debates más característicos del periodo; y las interrelaciones del texto con otros textos: a quiénes citan los autores y eventualmente a quiénes deliberadamente ignoran. Asimismo, es preciso considerar a los lectores y al contexto de recepción de la obra.

¡A desordenar! por una historia abierta de la lucha social tuvo un manuscrito, terminado en 1995, que circuló en una autoedición, y a partir del cual se hicieron tres ediciones en editoriales de México, 2006; Bolivia, 2008; y Argentina, 2016, en un periodo de 21 años. Cada edición lleva un prólogo que intenta situar la obra en un contexto político. Las entrevistas de

prensa que la autora concede en el periodo de lanzamiento de cada edición, revelan la intencionalidad de la publicación, la cual iba cambiando en el transcurso del tiempo.

En la primera edición, cuando la enunciativa llevaba 40 meses de encarcelamiento, se percibe como prioritario el intento de comprender y racionalizar la experiencia del fracaso de la orgánica. La enunciativa es explícita en sus reparos a la falencia de subordinar lo político a lo militar, “redujimos la lucha[...]a formas militares y armadas” (p.79); un error muy recurrente en este tipo de organizaciones, ante el cual es posible apreciar sus reproches a las modalidades jerárquicas y verticales de conducir las:

Percibo que la “política”, la actividad política y la militancia, la oficial y la promovida por las propias organizaciones radicales, ha dejado de ser un conjunto de preguntas sencillas sobre cómo queremos que sea la vida y cómo emprendemos el esfuerzo individual y colectivo, inmediato y a largo plazo para construir lo que deseamos y necesitamos, para convertirse en una artificiosa ideologización de cómo gobernar a otros, de cómo ejercer poder y normar la vida. Pareciera que la “política” hubiera perdido su contenido prioritario de responder a la pregunta sobre cómo gestionar la vida social, sobre la mejor manera de resolver necesidades comunes y de tomar en manos propias la construcción de sus soluciones, de manera autónoma, libre y múltiple, para convertirse en variadas teorías sobre los mecanismos más eficaces de subordinar la rebeldía, lo humano... Hay, sin embargo, todavía muchas preguntas que siguen estando ahí y que es imprescindible, cuando menos, plantear. ¿Qué hacer? (Gutiérrez, 2006, 22)

La trayectoria biográfica de la autora y su enunciación en el libro, giran en torno a la pregunta fundamental de Lenin *¿Qué hacer?* en la revolución y en la vida. El libro de Lenin *¿Qué hacer?*, reeditado en Moscú en 1979, fue un referente muy importante en su militancia, aunque después del derrumbe del bloque soviético, ella y su grupo se definieron sólo como marxistas y ya no leninistas. El contexto intelectual en que se inscribe la pregunta *¿Qué hacer?* es el debate de la izquierda post desintegración de la URSS, cercada por el avance incontenible del neoliberalismo que se autoerigía como un proceso irreversible. El capitalismo neoliberal estaba cooptando a la izquierda y proliferaban los izquierdistas “renovados”, que renegaban de la lucha de clases, valoraban la democracia burguesa y acataban los dictados del neoliberalismo. Los enclaves de resistencia permanecían aislados en reductos controlables como Cuba o la Selva Lacandona, donde los zapatistas mexicanos crearon una “zona liberada”. En ese marco, el conservadurismo se había puesto de moda y la aspiración revolucionaria “aparece como ridícula” (Gutiérrez, 2006, 143).

Al mismo tiempo, la formulación de la interrogante *¿Qué hacer?*, por parte de la sujeta que enuncia, tiene una connotación profundamente política, puesto que se trata también de asumir el deber-ser del líder político, el imperativo del intelectual comprometido, quien siempre requiere estar a la altura de las circunstancias, buscar respuestas y dar orientaciones, particularmente a los jóvenes. Así lo remarca en las palabras preliminares, donde señala que lo suyo es un llamado a no rendirse dirigido a los destinatarios del libro, sus interlocutores, o receptores privilegiados: los ex militantes, principalmente las mujeres; los “aún militantes”; y por último los jóvenes:

Está ahí también un entrañable conjunto de jóvenes; recién llegados a la vida, quienes al no encontrar nada claro ni atractivo en la izquierda, o bien ahogan ahí mismo el palpitante deseo de rebelión, en mucho herencia de la adolescencia, para dirigirse al

plástico mundo de la subordinación normada; o algunos otros emprenden pasos similares a los nuestros sin poder aprovisionarse de experiencias contadas con honestidad. (Gutiérrez, 1995, 20-21)

La propuesta de la sujeta enunciadora y su respuesta al *¿Qué hacer?*, es el título del libro, que resume su tesis: “¡A desordenar!”, es decir, se trata de pensar lo político no como un choque inminente o a mediano plazo con las fuerzas del Estado al servicio del capitalismo, sino básicamente como un aumento sostenido de la energía des-ordenadora de los movimientos sociales que van desestructurando el orden vigente.

En su rol de intelectual comprometida con la búsqueda de orientaciones en tiempos de crisis, la enunciadora resume su propuesta en cinco postulados: 1° Asumir un compromiso para transformar el orden existente, que es violento, opresivo, excluyente y deshumanizador. 2° Realiza una autocrítica por la creación de una vanguardia armada, lo que ya constituye jerarquía e imposición. Sugiere distinguir entre la violencia estatal y la violencia legítima que sólo puede ser ejercida por una comunidad soberana que se rebela. 3° Las vanguardias armadas que buscan conquistar el poder, y para ello se enfrentan a la violencia estatal, con mucha facilidad reducen lo político a lo militar y se hacen parte del círculo de la violencia del Estado. 4° Reivindica la política revolucionaria como la acción positiva de autoafirmación colectiva soberana. Es decir, propone que la gente se organice en grupos unificados por una identidad, como hicieron los cocaleros del Chapare o los indios de Chiapas. 5° Reniega de la validez de toda jerarquía de poder. El poder lo ejercen directamente las comunidades organizadas, consensuando sus decisiones sin mediaciones de ningún tipo.

1.-4.- intencionalidad de la reedición de la obra en 2006 y 2008

La segunda edición de *¡A desordenar! por una historia abierta de la lucha social*, apareció en México en 2006, y posteriormente en Bolivia en 2008, por lo tanto hubo un cambio en el contexto de publicación. Al respecto, Vera Carnovale (2007,161), señala que el entorno político y cultural en el que se emite el testimonio interviene en el contenido del mismo. Subraya Carnovale que es preciso tener en cuenta que el pensamiento del testimoniante evoluciona y en algunos casos es posible distinguir la diferencia entre el pensamiento pasado y el actual.

Al reeditar este libro, ella se encontraba en México estudiando su doctorado en sociología y reflexionando sobre la militancia guerrillera latinoamericana sujeta a un desplazamiento por la emergencia y apogeo de los movimientos sociales. Su experiencia de participación en la “Guerra del Agua” en Bolivia, entre 2000 y 2001, fue el material que nutrió su tesis doctoral en sociología, realizada en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Su investigación se enfocó en el renacer de las luchas de masas, pero esta vez revitalizadas por nuevos componentes como las reivindicaciones indigenistas. Los movimientos sociales, como prácticas emancipatorias, habían evolucionado con un carácter distinto a las luchas revolucionarias características de las décadas del 60 y 70. El debate político ya no giraba en torno a conceptos como revolución o reformismo, se había complejizado con nuevas nociones: indigenismo, género, diversidad, multiculturalismo, comunidad, globalización. Asimismo, la irrupción del subcomandante Marcos en la Selva Lacandona, con una nueva modalidad de hacer la guerra revolucionaria, en la cual el sujeto del poder es la comunidad indígena y no las cúpulas del

aparato armado, había consolidado un modelo de indianismo mestizo que, sin renunciar a su fundamento marxista, más bien lo esconde y lo subordina a la cosmovisión maya que se ha incorporado al proyecto insurgente y le da consistencia (Escárzaga, 2006, 16).

El objetivo de la autora en la reedición de 2006 era inscribir *¡A desordenar! por una historia abierta de la lucha social*, en el registro de este nuevo discurso, ponerlo a tono con el contexto de recepción y también repensar sus propias reflexiones. En síntesis, su intencionalidad fue hacer dialogar más directamente esta obra con la maduración de la emergencia de movimientos sociales indígenas en Latinoamérica, cuyo paradigma ha sido la experiencia revolucionaria de los zapatistas mexicanos. En el marco de las complejidades de la globalización, la variable de clase ya no podía ser considerada en forma aislada en las luchas políticas, sino en cruce con otras categorías como el género y la etnia. Ese es el nuevo discurso con que la autora hace dialogar su relato para dotarlo de validez en el nuevo contexto conceptual.

Es posible interpretar que ella trata de dotar de significación a tres tipos de discursos, que a su vez conforman tres culturas militantes: la experiencia de militancia revolucionaria más clásica, la guerrilla salvadoreña, con prácticas verticalistas, militaristas y autoritarias; otra intermedia, el Ejército Guerrillero Tupac Katari, como la confluencia intercultural de una vanguardia criollo mestiza con otra vanguardia indígena. A su vez, este movimiento sirve de “bisagra” hacia una experiencia todavía más horizontal, como la guerrilla zapatista, que ni siquiera “busca el poder”, sino que se compromete con la autoorganización de la sociedad para que ella misma logre expresarse y consiga resolver sus problemas. Es decir, la soberanía radica en la comunidad indígena, el único sujeto que detenta el poder de la violencia legítima (Gutiérrez, 2006, 88).

Respecto de la edición en Bolivia, en 2008, fue lanzada el mismo año que la publicación de la tesis doctoral como libro: *Los ritmos de Pachacuti. Levantamiento y movilización en Bolivia (2000-2005)*. El objetivo de esta obra es esbozar una estrategia teórica que permita volver inteligibles las acciones de insubordinación más profundas ocurridas en Bolivia. Y también suscitar “una reflexión más general sobre los múltiples horizontes de deseo que se despliegan desde tales acciones colectivas de antagonismo e insubordinación y que, en cierta tradición, han sido denominadas con el término “emancipación social” (Gutiérrez, 2008, 15).

Por último, cabe señalar que Raquel Gutiérrez, como ella misma señala, agregó las notas al pie de página, sólo en la reedición del libro de 2006. Con las notas aclaratorias, al mismo tiempo que da cuenta de su formación científica, reforzada a partir de sus estudios de doctorado en sociología, establece también un diálogo con otros libros. La potente bibliografía citada por Raquel despliega una erudición que revela su largo entrenamiento teórico autoimpuesto como tarea revolucionaria. Para los tupakataristas criollos, la palabra escrita, los textos fueron un recurso de primer orden en la construcción de un partido político eficaz para la lucha revolucionaria. Elementos como el folleto y el libro, eran instrumentos para la formación de cuadros medios que servían para elevar la conciencia de las masas. Precisamente, la labor de Raquel en el Ejército Guerrillero Tupac Katari y la de su ex marido, Álvaro García Linera, era la elaboración teórica de una plataforma marxista leninista muy crítica. Ambos desarrollaron un esfuerzo editorial para la publicación de libros, que financiaban con el dinero de las “recuperaciones armadas” del EGTK. Llegaron incluso a poseer su propio sello editorial “Ediciones Ofensiva Roja” que imprimía textos de hasta mil ejemplares (Escárzaga, 2006, 306), en la clandestinidad.

Las notas que añadió a la reedición de 2006, incorporan a numerosísimos autores de diversas disciplinas: política, filosofía, epistemología y literatura científica. Entre los textos

políticos, desde luego cita *Pueblos en armas*, de Marta Harnecker (1984) que fue en sus años un *best seller* para los militantes revolucionarios latinoamericanos. Asimismo, son recurrentes las citas a Jean Paul Sartre, Michel Foucault, Marx y Engels, además de un acucioso dispositivo de literatura científica y filosofía de la ciencia: David Bohm y David Peat, autores de *Ciencia, orden y creatividad*; un ensayo de biología de Jacques Monod; una reflexión de Ilya Prigogine sobre físico química, entre otros. Además, la autora estaba estudiando la teoría poscolonial, que en esos años había irrumpido con gran auge en la academia, así lo revelan sus citas a Enrique Dussel y al indio Partha Chatterjee.

Aunque critica la racionalidad científica cartesiana y la separación entre sujeto y objeto, su registro literario adolece de una excesiva científicidad. Respecto de la separación entre sujeto y objeto, este libro es un paradigma de ese corte, porque la enunciativa omite casi toda referencia personal e íntima. Incluso la experiencia devastadora de la cárcel es abordada con una perspectiva intransigente de militancia y resistencia, donde jamás se permite un espacio para el quiebre, la pena o la fragilidad. La mujer a que se refiere como Silvy, su “compañera de prisión”, con quien dice haber constituido una “vanguardia” al interior del penal, es su cuñada, la esposa de Raúl García Linera, pero sus enunciados no revelan ese detalle familiar, manteniendo una separación entre el ámbito privado y la esfera pública. En el texto, las relaciones con sus compañeras de prisión más cercanas, están construidas como vínculos políticos, no afectivos, ni sororales, ni de apoyo emocional. Por ello, está ausente la máxima feminista: “lo privado también es político”. Tampoco revela las perturbaciones que pudo haber sentido en su condición de sujeto testimonial a causa de toda la información que entregó a la justicia sobre la orgánica y el paradero de sus compañeros, quienes se hallaban todavía clandestinos al momento de caer prisionera. El líder aymara del EGTK, Felipe Quispe, ha acusado a la autora y a todo el grupo de criollos blancos de traicionar a la orgánica con su delación causando el derrumbe completo del EGTK, por no haber resistido la tortura (Zalaquett, 2016, 155). La enunciativa omite los pormenores de sus confesiones escritas de puño y letra, que figuran en el expediente judicial, con descripciones sobre las casas de seguridad, el dinero recaudado en el asalto a la Universidad de San Simón de Cochabamba, y las menciones al Plan de Guerra, la participación en atentados explosivos y los nombres y chapas de otros militantes. Solo por un documento de la Comisión de Derechos Humanos de Bolivia², se conoce que la autora asegura que fue obligada a firmar todas las declaraciones inculcatorias que hizo en el proceso del Ministerio Público. Allí menciona con impactantes detalles las modalidades de torturas que le infligieron para obtener información; también afirma lo insostenible que fue presenciar las torturas a su marido Álvaro García Linera, lo que la llevó a intentar suicidarse con cables eléctricos mientras su carcelera la bañaba en la prisión.

1.5.- intencionalidad de la reedición de 2016

Recientemente, la editorial argentina Tinta Limón, lanzó la reedición 2016 de *¡A desordenar! por una historia abierta de la lucha social*. El entorno epocal de la nueva

² El documento describe las irregularidades cometidas por el Ministerio Público en la detención de los miembros del EGTK, así como establece que fueron víctimas de “presuntas” torturas. Algunas informaciones sobre los militantes fueron extraídas del expediente judicial, otras son testimonios personales de los afectados. <http://www.derechos.org/nizkor/bolivia/cdh/4.html>. Consultada el 12 de julio de 2019.

publicación está marcado por un formidable retroceso de los gobiernos de centro izquierda y de izquierda en el Cono Sur de América Latina. En Argentina, el triunfo del neoliberal Mauricio Macri, consolidó un fenómeno de reimpulso de este modelo económico que había comenzado con el primer periodo del Presidente Sebastián Piñera en Chile, en 2010, quien desfenestró a la coalición que gobernaba desde 1990. De igual forma, Macri destronó a la era kirchnerista que gobernó Argentina por 12 años. Por otra parte, más al centro del continente, la muerte de Hugo Chávez en 2013, fue el inicio del desmoronamiento de la revolución bolivariana, que hoy se encuentra en estado terminal; y cuyo debilitamiento ocasionó la caída del modelo de socialismo del siglo XXI en Ecuador. También se ha debilitado el sandinismo nicaragüense y el sistema cubano, con la muerte de Fidel Castro, tiende al acercamiento con Estados Unidos, lo que podría aumentar las transformaciones capitalistas en lo que fuera el paradigma de un gobierno socialista revolucionario en América Latina. Más aún, el triunfo de Jair Bolsonaro en Brasil y la prisión del ex Presidente Lula da Silva, indican que el conservadurismo neoliberal se encuentra en un pleno renacer en el continente, dejando un paisaje desolador de fragmentación de las clases populares y una desorientación en el conjunto de las fuerzas de izquierda. Más que nunca las izquierdas de la región, se encuentran sin brújula planteándose la vieja pregunta de Lenin *¿Qué hacer?*

En este ocaso de los proyectos socialistas latinoamericanos, con la reedición del libro, una vez más, la intencionalidad de la autora es situarse como traductora de una época. Así lo enfatiza la editorial Tinta Limón en su presentación de la obra, destacando que la autora está en entre esas pocas “personas que, [siendo] protagonistas de una época, tienen la capacidad de rehacerse de nuevo para ser parte de otra y ponerse como puente” (Gutiérrez, 2016, 5).

De ahí, que la autora, abre un diálogo intertextual entre su obra y una serie de entrevistas de prensa que ella concede como parte del entorno de la publicación de su libro. En estos textos periodísticos, se hace cargo de los debates políticos más candentes que constituyen el contexto intelectual de la aparición de su obra, como son el giro a la derecha y el apogeo del feminismo en América Latina.

Respecto del auge de la derecha, señala que hoy parece estar colapsando en toda la región un ciclo de luchas sociales que se abrió a comienzos del siglo XXI, y que tuvo dos momentos claramente distinguibles: la fase del protagonismo social desplegado; y el tiempo de la expropiación de las capacidades sociales para producir los cambios, desplazándolas hacia el Estado y sus instituciones. A su juicio, ese tiempo que hoy está colapsado –como en Argentina– o bien agrietado –como en Bolivia– encauzó toda esa energía social hacia nuevos procesos de acumulación de capital:

Entonces, la actual ofensiva de la derecha es, nada más, la revelación grotesca de lo que ya ocurría: la renovación de la dominación del capital organizada en la vigencia de la democracia procedimental como forma emblemática –y casi única– de lo político. Es un fin de lo que alcanzamos a producir en la oleada anterior. (Gago, 2016)

Asimismo, el diálogo intertextual se extiende al siguiente libro: *Horizontes Comunitarios Populares* (2017), obra que estaba concluyendo cuando se reeditó *¡A desordenar! por una historia abierta de la lucha social*. La pregunta fundamental de su último libro puede sintetizarse en *¿Qué es hacer política en femenino?*, ya que en esta obra analiza el ciclo histórico de la reemergencia del discurso feminista anclado en gigantescos movimientos sociales que han proliferado en toda la región.

Las únicas luchas que están mostrando en los últimos años una potencia enorme y desplegando una energía subversiva que impugna el orden de cosas dadas son las luchas de las mujeres [...] El “entre mujeres” prolifera en todas las luchas y en múltiples rincones del paisaje social de América Latina. Esta práctica recuperada del “entre mujeres” –muchas veces “más allá del feminismo” liberal capturado en las tecnocráticas “políticas de género”– tiene dos aristas relevantes que son las otras dos vetas[...]: en muchas ocasiones coloca los asuntos ligados a la reproducción material y simbólica de la vida social en su conjunto como punto de partida y, además, se despliega como una “política del deseo” en el sentido que lo trabaja Lía Cigarini, como creaciones que se colocan “por encima de la ley” y que por lo mismo son tan, pero tan subversivas. El “entre mujeres” [...] no necesariamente excluye a los varones, pero que sí, digamos los “filtra”, tratando de contener y expulsar a los varones violentos al tiempo que conserva un espacio específico de mujeres. (Gago, 2016)

De este modo, la reedición 2016 de *¡A desordenar! por una historia abierta de la lucha social*, convoca nuevas lecturas y aporta diferentes capas de significaciones al objeto de estudio, que es la práctica de pensamiento y acción política en un cada vez más complejo horizonte conceptual.

II.- Testimonio y narración: el espacio biográfico

En esta segunda parte, el objetivo es examinar *¡A desordenar! por una historia abierta de la lucha social*, desde un entramado teórico cuyo foco son, por un lado, las formas de los textos autobiográficos, sus temporalidades y el campo de problemas referidos a la representación del yo, la constitución del sujeto y de la identidad en el flujo del discurso. Por otro lado, el soporte conceptual aborda también las complejidades del testimonio de una sujeta militante marcada por una experiencia traumática.

Desde la teoría literaria, Leonor Arfuch (2007, 87- 90) examina las dimensiones estructurales del relato y la trayectoria biográfica, como material que articula distintas temporalidades. Asimismo, analiza la identidad narrativa asignable tanto a un sujeto individual como a una comunidad que nos conduce a preguntarnos por *quién* habita el espacio biográfico. Arfuch, propone que la narrativa configura toda experiencia poniendo en juego el tiempo de la vida, el del relato y el de la lectura.

Según esta autora, en una narración es posible distinguir cuatro temporalidades: el tiempo físico del mundo, el tiempo psíquico o psicológico interno de los individuos, el tiempo crónico y el tiempo lingüístico. El tiempo crónico comienza en un momento axial, un acontecimiento tan importante que modifica el curso de las cosas. Engloba la vida humana en una “sucesión de acontecimientos”, una continuidad instituida como cómputo, con un “punto cero” simbólico, como por ejemplo, el nacimiento de Cristo o Buda. El tiempo crónico se articula al tiempo lingüístico que se despliega en el acto de la enunciación. Se trata de la temporalidad que se configura en el relato a partir de la trama. La trama posee una cualidad mediadora que opera desde la fase de pre comprensión del mundo de la vida y de la acción, y a la vez confiere inteligibilidad a ese mundo. Esa construcción ficcional de la trama del relato se entrecruza con la historia de vida originando ese “tercer tiempo”. Pero a la vez, constituye la identidad narrativa asignable tanto a un individuo

como a una comunidad. Esta identidad narrativa no se refiere a la ilusión de un sujeto fijo e idéntico a sí mismo, sino a la identidad sujeta al devenir, al cambio, a la mutabilidad, pero dentro de los marcos de la cohesión de una vida. La temporalidad, mediada por la trama, al mismo tiempo que es la condición de posibilidad del relato, es también, el eje modelizador de la propia experiencia. Este tercer tiempo lingüístico es el que crea una comunidad temporal intersubjetiva que pone en correlación un yo y un tú que sintonizan en el mismo presente.

Aplicando ese aparato conceptual a la operación narrativa de *¡A desordenar! por una historia abierta de la lucha social*, la enunciadora pone en juego diversas temporalidades: a) el tiempo de la vida, que abarca toda su trayectoria vital, la cual sigue en curso y además contiene dimensiones no incluidas en el texto; b) el tiempo del relato; se extiende desde 1983, cuando inicia su militancia en la guerrilla salvadoreña hasta 2006 cuando publica el prólogo a la segunda edición en México. c) El tiempo de la lectura que se extiende desde la primera publicación del libro en 1995 en La Paz, prosigue con la reedición en México en 2006, posteriormente, con la publicación en Bolivia en 2008; y finalmente con la reedición en Argentina en 2016, que se despliega hacia una temporalidad de duración indeterminada, dependiendo de la existencia material de la obra y de las posibilidades de circulación.

Asimismo, siguiendo a Arfuch (2007, 88-90), podemos distinguir en este libro: a) el tiempo físico del mundo registrado en la narración, desde comienzos de la década del 80 hasta 2016. b) El tiempo psíquico aparece durante la permanencia en la cárcel que suscita en la enunciadora un transcurso más lento, que ella contabiliza en meses. Recuerda su primer año de reclusión como el más duro, por la conmoción de la detención y la tortura. Luego relata que comienza a escribir el libro cuando llevaba 30 meses de reclusión y lo termina cuando había cumplido 40 meses de encarcelamiento. c) El tiempo crónico de enunciación comienza con su “nacimiento” a la vida política al vincularse a la guerrilla salvadoreña en 1983, cuando tenía 20 años. Otros momentos axiales de su tiempo crónico son la militancia y la creación de su aparato armado (1984-1992); la cárcel como instancia de reflexión desde que fue detenida en 1992 hasta su liberación en 1997. d) El tiempo lingüístico o “tercer tiempo” de la enunciación se articula al tiempo crónico y se extiende principalmente desde 1983 hasta 2006, porque en las reediciones de 2008 y 2016, ella no enuncia.

Con la primera publicación en 1995 en La Paz y con la reedición en México en 2006, la enunciadora creó dos comunidades intersubjetivas que pusieron en relación su yo con los lectores, quienes iban sincronizando con ella en un mismo presente. Posteriormente, con la última reedición en Argentina en 2016, creó una tercera comunidad intersubjetiva en ese país que abre nuevos horizontes de circulación a la obra.

Arfuch (2007,93-94) plantea que las narrativas del espacio biográfico son indisociables de la posición enunciativa particular, temporal y afectiva que da sentido al acontecimiento de una historia. Sin embargo, esa posición enunciativa particular involucra siempre un “tú” que es la instancia de lectura y la recepción. Así, el mundo del texto con el mundo del lector se articulan mediante el concepto de Bajtin de “valor biográfico”, presente en el conjunto de todos los géneros discursivos, por lo tanto, hay una polifonía de voces, un principio dialógico que opera en todos los relatos; el “valor biográfico” participa así como ordenador de la vida en el relato y de la propia vida del narrador y del lector.

De esta manera, la posición enunciativa, que constituye a la vez su espacio biográfico, se configura sobre la voluntad de atestiguar una experiencia de militancia revolucionaria, constituyéndola en un legado, en una herencia política destinada a nutrir la reflexión del vocativo

de su discurso, una comunidad de lectores escogidos: los ex militantes, las mujeres, los todavía militantes, y las nuevas generaciones de jóvenes.

La reelaboración del pasado militante se realiza en un relato dialógico y polifónico, porque contiene las reflexiones que ella realizó en conjunto con sus compañeros del grupo armado y posteriormente con sus compañeras de reclusión. La posición enunciativa se configura siempre como parte de un colectivo, aún cuando enuncia en soledad. De hecho, hay un uso constante del sujeto colectivo plural “nosotros” que se va alternado con el uso de la primera persona singular: “yo”. En este sentido, la autobiografía en esta obra no es unipersonal, sino que involucra su relación con su contexto inmediato: sus relaciones políticas, su cultura de clase media ilustrada latinoamericana, y su cultura de militante revolucionaria, propia de las décadas del 60 y 70. Un rasgo característico de ese modelo es el compromiso militante de ascetismo extremo en que la revolución es una meta abstracta a alcanzar, como un fin en sí mismo que no repara en medios. La revolución así concebida contribuye al borramiento de la percepción y de las consecuencias psíquicas y políticas que marcan las diferencias entre los cuerpos sexuados; y tiende a suprimir en aras del ideal todo aquello que represente un obstáculo a la determinación de continuar, incluida la propia subjetividad. En ese sentido, el cuerpo del sujeto de enunciación se configura como una instancia táctica al servicio de la revolución, se trata de un cuerpo del sacrificio, jamás un cuerpo del deseo.

En definitiva, el espacio biográfico es una coexistencia intertextual de diversos géneros discursivos en torno de posiciones de sujeto autenticadas por una existencia que enuncia como si fuera “real” (Arfuch, 2007, 101). No obstante, siguiendo a Beatriz Sarlo (2005, 38-39), es posible decir que la voz que enuncia este relato autobiográfico, realiza un ejercicio ficcional en primera persona. La voz es un tropo que hace las veces de sujeto que narra, pero no existe garantía de identidad entre sujeto y tropo. Lo que se manifiesta como identidad de la enunciativa está sostenido únicamente por la firma del sujeto que habla, el cual sería al mismo tiempo una especie de máscara. La máscara respaldada por la firma de Raquel Gutiérrez es justamente el análisis crítico y autocrítico, que se ejerce durante toda la obra, y que a la vez constituye un pacto de lectura entre el autor y el lector, sobre la base del cual se entiende que lo relatado es real, sin embargo, de acuerdo a Sarlo, la autobiografía es indistinguible de la ficción en primera persona:

Es imposible establecer un pacto referencial que no sea ilusorio (es decir: los lectores pueden creerlo, incluso el escritor puede escribir bajo esa ilusión, pero nada de eso garantiza que ella remita a una relación verificable entre un yo textual y un yo de la experiencia vivida). (Sarlo, 2005, 38)

Al atestiguar su vida como “real”, la enunciativa tiene la pretensión de narrar lo verdadero, lo que realmente pasó, es decir, hechos. Sin embargo, autores como Corinne Enaudeau (2006, 177), nos demuestran que no hay hechos, sino sólo interpretaciones, lecturas, representaciones que no son nunca inocentes, pero imponen una forma estable, una identidad conceptual a la diversidad inaprensible, evanescente, de las apariencias. En la misma línea, Hyden White (2010, 61) afirma que todo relato histórico, al encadenar los eventos en una trama, contiene un aspecto alegórico. Los eventos nunca están ordenados, es el historiador quien los encadena y los hace constituir una trama. De esta manera, los historiadores no están contando el relato de “lo que realmente sucedió”, sino que son agentes humanos, que en un acto autoral, organizan los eventos como relatos.

Por ello, Arfuch (2007, 97) sugiere pensar las formas autobiográficas como una especie de “palabra dada”, como sostiene Ricoeur, no como garantía de “mismidad”, sino de cierta permanencia en un trayecto, que estamos invitados a acompañar, de un posible reencuentro con ese “yo” después de atravesar la peripecia y el trabajo de la temporalidad. Esta noción de “palabra dada”, introduce un matiz en el “vaivén” de la identidad narrativa, porque habilita a considerar el devenir de la identidad como un trayecto, siempre abierto a la diferencia, que resignifica constantemente las instancias del autorreconocimiento. La “palabra dada” articula teoría y lengua cotidiana: (dar) “mi palabra”, constituye a la vez que una promesa, una afirmación autorial. Es decir, la asunción de la palabra como “propia” –a diferencia de la “neutra” o de la “ajena”– por las tonalidades de la afectividad; la palabra “propia” instaaura afectivamente el yo como don y promesa de una (relativa) permanencia.

¿Cuál sería entonces la identidad narrativa del sujeto de enunciación en *¡A desordenar! por una historia abierta de la lucha social!*

Desde su concepción dialógica, que cuestiona la unicidad de la voz narrativa, Mijail Bajtin, asevera que el yo es siempre para otro y, a partir de esa perspectiva, examina la relación entre el autor y el héroe, que en el caso de la autobiografía son coincidentes. Para Bajtin (2000, 31-32) la conciencia del autor, abarca la conciencia del héroe y su mundo. El autor ve y sabe todo aquello que ve y sabe cada uno de los héroes por separado y todos ellos juntos; y además, ve y sabe aquello que a los héroes es por principio inaccesible. Es decir, el autor tiene un *excedente* de visión y de conocimiento que es una totalidad. Esto es particularmente aplicable al testimonio, porque el narrador testimonial sabe y conoce la totalidad del acontecer y el final de la historia.

Este *excedente de visión*, este sobrante de conocimiento, respecto de cualquier otra persona, está condicionado por el carácter singular e irremplazable del lugar en el mundo del enunciador. A esta situación, Bajtin (2000: 33-35) la denomina *exotopía* concreta de la persona que enuncia frente a todos los demás hombres que sin excepción son *otros* para él. A su vez, esta *exotopía* se supera mediante la *cognición* que construye un mundo único, de validez universal, independiente de la situación única y concreta que uno y otro individuo ocupa. Pero mientras el mundo del conocimiento sólo puede ser pensado, una vivencia interior y una totalidad interna del alma sólo pueden vivirse concretamente o dentro de la categoría yo-para mí, o bien dentro de otro-para-mí, es decir, ora como mi vivencia propia, ora como la del otro hombre concreto y singular.

Al plantearse cómo se vive en el interior de la conciencia de sí mismo y respecto de otro individuo, la apariencia externa, las fronteras externas del cuerpo y la acción física, Bajtin (2000, 65-66) sintetiza estos tres momentos en un todo valorativo del cuerpo humano. El cuerpo es valor en el plano ético, estético y en parte en plano religioso. Mi cuerpo es básicamente un cuerpo interior, mientras que el cuerpo del otro es por principio un cuerpo exterior. Bajtin (2000, 34-35) señala que lo que importa no es la cognición, sino la vivencia real y concreta desde un punto de vista estético, y por ello, siempre hay una zona inenarrable. Como también señala Corinne Enaudeau (1999, 27), la representación es siempre un juego de opacidad y transparencia de presencia y ausencia, que deja un área opaca, imposible de ser representada.

No se trata entonces de un yo único que enuncia los sucesos relatados. Por una parte, está la voz del narrador testimonial que sabe y conoce la totalidad del acontecer y el final de la historia: el nacimiento y derrumbe de su aparato armado, el EGTK, con la encarcelación de sus miembros. El levantamiento generalizado de una población indígena mayoritaria para tomar el poder, no se produjo, por lo tanto hubo una derrota política y militar. De ahí, la desorientación que experimentan acerca del modo de continuar la lucha revolucionaria.

La conciencia de la autora abarca la conciencia de la heroína y protagonista, que es la dirigente política y militante. Mientras la vida de la autora todavía está inconclusa, la trayectoria militante partidaria se detiene en 1992 cuando cae presa y debe empezar a transmutar hacia nuevas formas de poner en acción su pensamiento político, como participante de organizaciones sociales y académicas. Además, el quehacer militante se transfiere desde el horizonte del sujeto de enunciación, al horizonte del contemplador externo que en este caso es la autora, extrapuesto o exotópico a la conciencia de la militante como sujeta en acto. Es decir, todo lo narrado es ya exterior a la autora. No es la persona de Raquel Gutiérrez, quien narra, sino la militante protagonista. Sería imposible para Raquel narrarse en acción, porque la acción como forma artística se vive fuera del acontecer temporal de la vida. La militante es el cuerpo exterior de Raquel y el único posible de ser descrito. Según Bajtin, el cuerpo interior del héroe es abarcado por el cuerpo exterior del mismo para el otro, para el autor. El héroe es una persona que es otra y su empatía con la vida del autor no significa que ambos se fusionen en un solo ser. Mientras la conciencia de Raquel es inconclusa, la de la militante es conclusa.

Arfuch (2007,102-103), advierte que solo la afirmación -o el reconocimiento- de un yo narrativo habilita ciertas distinciones en el espacio biográfico: lo íntimo, lo privado, lo biográfico. Al adoptar la metáfora del “recinto” de la interioridad, lo íntimo sería quizás lo más recóndito del yo, aquello que roza lo incomunicable, lo que se aviene con naturalidad al secreto. Lo privado parecería contener lo íntimo, pero ofrece un espacio menos restringido, más susceptible de ser compartido, una especie de antesala o reservado poblado por algunos otros. Finalmente, lo biográfico comprendería ambos espacios “modulados en el arco de las estaciones obligadas de la vida, incluyendo además la vida pública”. Sin embargo, estas distinciones no son fijas, los términos se intersectan, se trastocan, lo íntimo pide ser hablado, lo privado se transforma en secreto, lo público se hace privado.

Aunque la enunciativa construye este relato utilizando como material su propia vida, las grandes ausencias de este libro son la vida cotidiana, su interioridad y su propio cuerpo. Como diría Leonor Arfuch, esta obra carece de “anclajes cronotópicos”, porque la narradora se mueve en el espacio menos restringido de lo privado, sin ingresar jamás al espacio profundo de lo íntimo, de la interioridad. Como el libro fue publicado cuando la autora se hallaba sometida a proceso judicial, es comprensible que no revele detalles de su vida en la clandestinidad que podrían inculparla. Sin embargo, tampoco relata cómo ocurrió su detención ni se detiene a describir su vida cotidiana en la cárcel. Sabemos lo que pensaba mientras estuvo presa, pero no lo que sentía su cuerpo, si pasó hambre o sintió frío, por ejemplo. Su silencio más rotundo es acerca del mayor acontecimiento traumático que vivió: la tortura, que en un momento le fue tan insoportable, que incluso intentó suicidarse. Sin embargo, en el libro no hay una elaboración de este evento.

Dominick Lacapra (2006, 121-122), estudia la actitud de las víctimas ante el acontecimiento traumático. Asegura que la experiencia de una persona traumatizada puede ser comprendida en los dos aspectos que Ruth Leys denomina (como dos propuestas distintas, aunque para Lacapra no lo son) la teoría mimética y antimimética. La mimesis es la identificación con el otro en el nivel de la identidad y la absorción total de la experiencia traumática. La identificación es el mecanismo propio del trauma y la experiencia traumática no forma parte de la memoria ordinaria de la víctima, porque no puede recordar el evento traumático original y tiende a reiterarlo de distintas maneras. Las teorías antimiméticas, en cambio, presentan el trauma como algo que le sobreviene a un sujeto consciente, pasivo, pero soberano. Se trata de un acontecimiento puramente externo, como un accidente de tren, pero que también

puede ser simulado teatralmente o incluso fingido. El sujeto está esencialmente distanciado de la experiencia traumática, en el sentido de que es un mero espectador de la escena traumática, a la que puede ver y representar para sí mismo y para los demás. Para Lacapra, estas dos teorías reproducen las dos dimensiones propiamente tales del trauma. Por un lado, el yo desempoderado y casi infantil, que experimenta o siente sin poder representar, es sugestionable y se encuentra en trance o estado “hipnótico”. Por otro lado, el yo espectador y objetivista que, entumecidamente, o, en cierto sentido, objetivamente, representa el acontecimiento sin poder sentir. Existe entonces una identificación dual que se relaciona con la escisión o disociación del yo entre la víctima que, como un niño, experimenta el sufrimiento traumático sin conocerlo ni representarlo, y el yo “entumecido” que puede representar objetivamente el acontecimiento traumático sin sentirlo en el nivel de la experiencia.

Acerca de la tortura, en el libro, la enunciativa señala escuetamente:

Hay muchos mitos que destruir sobre la tortura. Yo, por ahora, no me atrevo a ir más allá. Todavía, pese al tiempo, la conmoción sufrida no cicatriza del todo. Lo que sí creo que puede guiarnos es, por un lado, comenzar a ser más honestos con nosotros mismos, compartir el modo cómo hemos sido afectados, no tanto para verificar las técnicas usadas por los verdugos, sino para entender lo que fuimos sintiendo, si en algún momento comenzamos a desmoronarnos, qué hicimos para reconstruirnos [...] dónde nos vencieron y cuáles fueron nuestros triunfos. (Gutiérrez, 2006, 120)

Como ella misma señala, ese trauma todavía no había sido elaborado y por ello, ante la tortura, se evade. No se permite ser víctima del suplicio, escogió intelectualizar esta experiencia, reflexionando sobre ella racionalmente, pero no la ha integrado y en consecuencia le es imposible representarla. Se refiere a la tortura como un acontecimiento externo que depende de la voluntad del torturador. La describe como un “combate desigual”, como la “imposición de la violencia químicamente pura por parte del Estado y de sus funcionarios sobre una víctima impotente, desnuda, atada, que no puede ya decidir por sí misma ni siquiera el momento de relajar sus esfínteres”. Pero habla de esa víctima en tercera persona, como si su yo se hubiese escindido en un yo infantil y desempoderado que es incapaz de representar. Al mismo tiempo su yo parece entumecido, porque es capaz de reflexionar cognitivamente si se puede o no ser héroe o traidor en la tortura, pero no construye narrativamente la experiencia de la tortura. Asimismo, siguiendo a Bajtin (2000, 34-35), la enunciativa hace de la tortura una experiencia *exotópica* que enfrenta mediante la cognición, construyendo partir de ella, un pensamiento de validez universal, independiente de la situación única y concreta que ocupa como protagonista. La enunciativa clausura el episodio de tortura de su flujo de recordación y le da conclusión, pensándolo, pero no la construye estéticamente como una vivencia interior.

II.1- El discurso científico como efecto de verdad

La biografía y la autobiografía –como géneros impuros que combinan realidad y ficción– son examinadas por François Dosse (2007, 39-42), quien detecta un efecto de realidad que se expresa en la autobiografía y que la acerca al régimen de veracidad de la escritura historiadora. Más aún, este género se mueve entre el plano de su “voluntad de verdad”, como diría Foucault,

que implica un régimen de verdad asociado a la epistemología científica y la dimensión estética, o al “cuerpo extrínseco”, en palabras de Bajtin, que le da su valor artístico.

En *¡A desordenar! por una historia abierta de la lucha social*, la enunciadora construye su relato testimonial, desplegando una erudición teórica que sustenta su régimen de verdad. Es decir, lo relatado no solo tiene la veracidad del sujeto testimonial que atestigua hechos vividos, anclados en un pacto de lectura que los interpreta como reales, que fueron reales, sino que además, su enunciación se apoya en el más creíble de todos los discursos: la ciencia, como factor de prestigio y autoridad. Como subraya la epistemóloga Sandra Harding (1996, 16) “en las culturas modernas ni Dios ni la tradición gozan de la misma credibilidad que la racionalidad científica”.

Es cierto que es propio del género biográfico combinar la erudición desenvuelta en una multiplicidad de fuentes fidedignas orales y escritas (Dosse, 2007, 29). No obstante, la utilización del discurso científico plantea una contradicción política en dos aspectos de la obra. Por un lado, la ciencia forma parte del “orden instituido” de violencia estatal al servicio del capital, que se busca desmontar a través del partido ejército creado para desencadenar la revolución. Por otro lado, la posición enunciativa en el texto se asume como feminista, aunque las menciones a los problemas de género son escasas y marginales en la totalidad del libro.

En el capítulo “Ser mujer” en la práctica revolucionaria (p.143-153) hay una autocrítica a la naturalización de la violencia doméstica en los militantes, para lo cual establecían una rígida separación entre lo privado y público. También la enunciadora plantea la necesidad de construir grupos autónomos de mujeres donde se pueda abordar la especificidad de los problemas de las militantes. Más aún, aunque no lo relata en el libro, dentro del EGTK, Raquel elaboró unos folletos de feminismo proletario destinados a la reflexión de los problemas de género y revolución. Sin embargo, este capítulo es solitario en relación a la obra. Esas disquisiciones no aparecen en el análisis general que la enunciadora realiza sobre la experiencia militante. En ese sentido, este libro no es un análisis feminista de la acción revolucionaria. Sin embargo, el discurso científico como instrumento de análisis, atraviesa toda la obra sin someterlo a ningún tipo de cuestionamientos.

Por tradición, desde el pensamiento cartesiano, denominamos ciencia a una clase de conocimiento objetivo, neutro, razonado y exacto; a una forma de saber, basada en métodos de observación y de experimentación (García Sainz, 2002, 12-17). Es decir, vinculamos la ciencia con un conocimiento y un método de carácter neutro y universal. Sin embargo, como cualquier otra actividad humana, la ciencia también es una construcción social, y reproduce las mismas diferencias y desigualdades que existen en la sociedad. Porque, en la institución científica hay elites de poder que se reproducen a sí mismas y deciden qué conocimiento adquiere categoría de científico; cuál será un descubrimiento exitoso y cuál una simple aportación; determinan qué es lo verdadero (en nombre de la ciencia) y qué es acientífico. Así, lo que es y debe ser ciencia, y lo que forma (o no) parte de la doctrina científica, es el resultado de una convención o acuerdo entre científicos. O sea, hay un poder gremial que dictamina la aceptación o rechazo a las nuevas propuestas. Y este reconocimiento a la producción científica, está sujeto a ciertos condicionamientos que son ajenos a la propia ciencia. Se trata de criterios endogámicos de raza, clase y género, entre otros factores. Con ello se demuestra que en las ciencias sociales, como en las naturales, la investigación científica está inmersa en una compleja trama de relaciones de poder e inserta en un ordenamiento económico determinado por el capitalismo global. (Zalaquett, 2012, 27)

Como resume García Sainz (2002, 15), los padres fundadores de la ciencia moderna adhirieron a las posiciones patriarcales de Francis Bacon, y el saber, el conocimiento, quedaron asociados a un quehacer masculino, privilegiado y productivo. Advierte que lo que ha sido nombrado como científico, no son sino las prácticas y el pensamiento de determinados hombres (en masculino) del mundo occidental. Casi la totalidad de los teóricos del conocimiento y filósofos de la ciencia, hasta avanzado el siglo XX, han seguido una tradición de discurso sexista donde las mujeres son totalmente invisibles, y en algunos casos explícitamente inferiores. El razonamiento científico, lejos de ser un método carente de “sexo”, es la base de la dominación de género, cultural y ecológica, y se encarna normalmente en los cuerpos y prácticas masculinas (Zalaquett, 2012, 36).

Sobre la base de estos análisis, la crítica literaria feminista, se ha hecho cargo de la pregunta de cómo textualizar la diferencia genérico-sexual en la escritura de mujeres. Ante esta problemática, Nelly Richard (2008,17) nos remite a las teorías de Julia Kristeva, quien sostiene que en la escritura se produce un cruce interdialéctico entre dos fuerzas principales de subjetivación opuestas entre sí: primero, la fuerza racionalizadora-conceptualizante (masculina), que simboliza la institución del signo en garantía del pacto sociocomunicativo de la cultura y, segundo, la fuerza semiótico-pulsional (femenina) que desborda la finitud de la palabra con su energía transverbal:

Si bien ambas fuerzas coactúan en todo proceso de subjetivación creativa, es el predominio de una fuerza sobre la otra el que polariza la escritura en términos sea masculinos (cuando se impone la norma estabilizante) sea femeninos (cuando prevalece el vértigo desestructurador). (Richard, 2008, 18)

En esta perspectiva, es posible interpretar que en *¡A desordenar! por una historia abierta de la lucha social*, en la posición enunciativa predomina la racionalidad conceptualizante (masculina), sobre lo pulsional (femenino), dadas las omisiones del texto sobre el cuerpo y la interioridad. En el género autobiográfico, advierte Dosse (2007, 43), se tensiona hasta el paroxismo la relación entre sus tres polos: el autor, el narrador y el personaje protagónico. En este caso, el narrador coincide con el autor y el protagonista, aunque no se fusionan en forma indiscernible a través de toda la obra. No obstante, hay un reforzamiento permanente del régimen de verdad, donde el discurso científico no opera solo en clave de veracidad, sino también como velo de la instrospección más profunda.

Por ejemplo, la experiencia límite de la cárcel, como un sistema de control y subordinación del cuerpo humano, que hace aflorar sentimientos de impotencia, de incertidumbre y debilidad, y que se presta sobre todo, a la instrospección psicológica, en este texto es metafórica como un experimento de química: “La cárcel, un gigantesco laboratorio de lo social donde las reacciones se aceleran a velocidades increíbles con los catalizadores del encierro y el tedio” (p.104). Incluso la invitación del libro es a pensar lo político como una teoría de sistemas y reacciones moleculares:

Hay, sin embargo, otra forma de entender el movimiento y la transformación que consiste en pensarla como variación en los estados del sistema, esto es, analizar la modificación que surge al interior de la configuración de un sistema al ir pasando éste por todos sus estados posibles. Existe aquí un interesantísimo principio de la física-química que postula que a mayor desorden molecular en un sistema —con determinadas

características—, se incrementa el número de configuraciones posibles, es decir, de relaciones posibles entre los elementos del sistema. ¿No podríamos pensar “lo político” de esta manera? (Gutiérrez, 2006, 147)

III. Reflexiones finales

En el transcurso de este artículo, a través del relato autobiográfico, *¡A desordenar! por una historia abierta de la lucha social*, fue posible comprender el campo de problemas que se abre cuando el militante asume el rol del sujeto testimonial y es a la vez sujeto aural, testigo de una época y víctima de los acontecimientos traumáticos del terrorismo de Estado en América Latina.

Los silencios y omisiones de esta obra, encubiertos por la racionalización conceptualizante, masculina, que se antepone a la pulsión femenina, demuestran que el testimonio es incapaz de representar todo lo que la experiencia fue para el sujeto de enunciación. Se trata solamente de una materia “prima”, donde el testigo es menos importante que los efectos éticos de su discurso. Su preocupación es ser escuchado y creído, aunque, como sabemos, no hay una sola verdad, sino muchas, el sujeto testimonial pretende dar a conocer la *suya*. De allí se desprenden las dificultades del estatuto de verdad del testimonio traumático y las dimensiones éticas y políticas que ello acarrea. Porque si bien todo testimonio aspira en primer lugar a ser creído, no lleva en sí mismo las pruebas por las cuales puede comprobarse su veracidad y ellas deben venir desde fuera. Es en ese sentido que hay distinciones entre la memoria y la historiografía como métodos de reconstrucción del pasado.

Por otra parte, el estudio de esta obra, pone de relieve las interrelaciones entre memoria, historia y literatura, en que la narrativización de lo factual deviene también en un resultado estético de creación de lenguaje, puesto en acto por las distintas temporalidades del relato.

Asimismo, aunque esta autobiografía respeta las reglas del canon propio del género, como la cronología y el relieve en primer plano de la protagonista, se echa de menos la variación de foco. Ello, porque su escala de mirada se mueve en el contorno de la línea gruesa que da forma a la historia, pero no amplifica ni colorea sus detalles, agregando descripciones, anécdotas, sentimientos, intimidades.

Entre las opciones de hacer de la militante un ser acabado y coherente, o bien renunciar a sistematizarla y más bien comprenderla, la autora opta por dar a su personaje una coherencia absoluta sin contradicciones. Su militancia es total y no exhibe ninguna debilidad, lo que le da una estatura ética y consecuente con su proyecto revolucionario. Ninguna peripecia es gratuita ni transcurre en un universo neutral y atemporal, sino que está siempre en relación con su experiencia militante. Así, la práctica escritural está al servicio del proyecto político.

La autobiografía, delineada en episodios de vida que poseen un valor paradigmático, se fusiona con la militancia revolucionaria, de tal manera que se asemeja a lo que Dosse (2007, 53-54) denomina una “viobra”, porque el relato de vida es una explicación de su accionar militante; la vida individual se reduce ante la importancia de la obra política como si ésta fuese su único destino.

Desde luego, este relato constituye una escritura de sobrevivencia, no solo porque la autora lo escribió mientras aún estaba presa, sino porque tras la conmoción de la detención y la tortura, ella se propone demostrar que es posible seguir siendo una izquierdista radical en los

tiempos del neoliberalismo. De hecho, aunque su aparato armado fue desarticulado por la policía en 1992, ha logrado que siga viviendo y constituya un tema de debate hasta 2016 y posiblemente más allá.

Referencias bibliográficas

- Arfuch, L. (2005). Cronotopías de la intimidad. En L. Arfuch, *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias* (págs. 230-290). Buenos Aires: Paidós.
- _____. (2007). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo Cultura Económica.
- Bajtín, M. (2000). *Yo también soy*. México: Taurus.
- Boccardo, E. (2007). *El giro contextual. Cinco ensayos de Quentin Skinner y seis comentarios*. Buenos Aires: Tecnos.
- Carnovale, V. (2007). Aportes y problemas de los testimonios en la reconstrucción del pasado reciente. En M. e. Franco, *Historia Reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Buenos Aires: Paidós.
- Comisión de Derechos Humanos de Bolivia. (s.f.). *Proceso Judicial*. (Ministerio Público de Bolivia. Caso Ejército Guerrillero Tupac Katari) Obtenido de <http://www.derechos.org/nizkor/bolivia/cdh/4.html>
- Dosse, F. (2007). *El arte de la biografía. Entre historia y Ficción*. México: Universidad Iberoamericana.
- Enaudeau, C. (1999). *Las paradojas de la representación*. Buenos Aires: Paidós.
- Escárzaga, F. (2006). *La comunidad indígena en la insurgencia y la contrainsurgencia en Perú, Bolivia y México (1980-2000)*. (Tesis inédita de doctorado). México: Universidad Autónoma de México.
- Gago, V. (18 de marzo de 2016). *Política del deseo (entrevista a Raquel Gutiérrez)*. Obtenido de Página 12: <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/las12/13-10444-2016-03-18.html>
- García Sainz, C. (abril-julio de 2002). Modificar las relaciones de poder. *Perspectivas*(25), 12-17.
- Gutiérrez Aguilar, R. (1996). Dificultades, rupturas y búsquedas. Una vez más, ¿qué hacemos? En *Las armas de la utopía. Marxismo y provocaciones heréticas*. La Paz: Editorial Punto Cero, CIDES-UMSA-UMBRALES.
- _____. (2006). *¡A desordenar! Por una historia abierta de la lucha social*. Mexico DF: Casa Juan Pablos/Centro de estudios andinos y mesoamericanos/Tinta Limón.
- _____. (2008). *¡A desordenar! Por una historia abierta de la lucha social*. La Paz: Textos rebeldes.

- _____. (2008). *Los ritmos de pachakuti. Levantamiento y movilización en Bolivia (2000-2005)*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- _____. (2016). *¡A desordenar! Por una historia abierta de la lucha social*. Buenos Aires: Tinta Limón/Pez en el árbol, México.
- _____. (2017). *Horizontes comunitarios-populares. Producción de lo común más allá de las políticas estado-centricas*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Harding, S. (1996). *Ciencia y feminismo*. Madrid: Ediciones Morata.
- Harnecker, M. (1984). *Pueblos en Armas*. México: ERA, Serie Popular.
- Johanson, M. T. (2010). Literatura y testimonio en el Cono Sur. En H. Böll, *Recordar para pensar. Memoria para la democracia. La elaboración del pasado reciente en el Cono Sur de América Latina*. Buenos Aires: Heinrich Böll Stiftung.
- Lacapra, D. (2006). *Historia en tránsito. Experiencia, identidad y teoría crítica*. Buenos Aires: Fondo Cultura Económica.
- Lenin. (1979). *¿Qué hacer?* Moscú: Progreso.
- Moyano, C. (2011). *Curso Memorias de un pasado en debate: Chile y Argentina a la luz de las narrativas militantes e institucionales*. Santiago de Chile : Universidad de Santiago.
- Oberti, A., & Pittaluga, R. (2006). *Memorias en montaje*. Buenos Aires: El cielo por asalto.
- Pirker, K. (2008). *La redefinición de lo posible. Militancia política y movilización social en El Salvador (1970-2004)*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Richard, N. (2008). *Feminismo, género y diferencias(s)*. Santiago: Palinodia.
- Ricoeur, P. (2006). *Tercer tiempo y narración. Tiempo narrado*. México D.F.: Siglo XXI editores.
- Sarlo, B. (2005). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- White, H. (2010). *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica*. Buenos Aires: Prometeo.
- Zalaquett, CH. (2009). *Chilenas en armas*. Santiago de Chile: Catalonia/Cátedra de género Unesco CIEG.
- _____. (2012). Ciencia y género: Lo legítimo y lo bastardo en epistemología científico-social. *Izquierdas.cl*(12), 26-51.
- _____. (agosto de 2013). Sujeto femenino indígena y participación política en organizaciones clandestinas: La construcción del concepto de militancia como práctica performativa. *izquierdas.cl*(16), 115-139.
- _____. (2016). *Memorias militantes de mujeres andinas en la genealogía político militar. Desde el Ejército Guerrillero Tupac Katari del Qoyasuyu hasta la Bolivia actual*. Santiago de Chile: Universidad de Santiago de Chile/Tesis doctoral (inédita).